

Domingo II de Adviento

(ciclo B)

10 de diciembre de 2023



I. Notas exegéticas

Isaías 40, 1-5. 9-11

Preparadle un camino al Señor

La celebración del segundo domingo de adviento, se enmarca en la invitación a una constante preparación, entendiéndose el prepararse no solo como la disposición física de alistarse para partir, sino como la actitud espiritual para cambiar el corazón, en el que se espera se produzca el encuentro con aquel que llega, con aquel a quien se espera. Es precisamente desde estas perspectivas desde las cuales el escritor del segundo libro de Isaías, o libro de la consolación, se dirige al pueblo que vive la experiencia del exilio en Babilonia, circunstancia que les ha desconsolado llevándolos a perder la esperanza de un pronto retorno a su tierra, a su Templo y a sus costumbres.

En medio del cuadro trágico del exilio el Señor, por medio del profeta, anima a su pueblo a no decaer y mucho menos a perder la fe, por lo que dirige palabras de consuelo ante los abatidos: “Consolad, consolad a mi pueblo, dice el Señor”. Esta no solo es una expresión de aliento, es el mensaje de la gran promesa, anclado en la esperanza. Quien consuela es misericordioso, pues siente el dolor del otro, se conmueve, se hace compañero de camino animando a quien ha caído para que se levante y cuyo grito invita a una constante preparación.



Es importante, además, comprender la figura del desierto, que en este texto se puede abordar desde dos sentidos: primero, como lugar en el que se aprecia aridez, desolación, resistencia y sacrificio, simbolismos de las situaciones del exilio; segundo, como la experiencia espiritual donde se vive la oración, donde se produce la confrontación humana y personal y donde se da el encuentro con Dios, simbolismos de la constante invitación a preparar el corazón para una sincera conversión. Es allí donde se alza un grito, una voz fuerte, imagen de quien quiere comunicar un mensaje, de alguien que desea ser escuchado. Es en el desierto espiritual donde se debe estar dispuestos a prepararle el camino al Señor, por lo que se deben asumir acciones concretas de cambio y transformación personal y comunitaria, es allí donde se deben allanar las estepas de las desesperanzas y las faltas de fe, preparando un camino para quien llega a salvar. Es allí donde se debe producir el abajamiento de las colinas y montañas, simbolismos de los orgullos, el poder y la prepotencia humana, para enderezar lo torcido e igualar el camino pedregoso, es allí donde se debe contemplar al Dios que llega con poder a salvar, como el pastor a su rebaño.

Sal 84, 9ab-10. 11-12. 13-14.

Muéstranos, Señor, tú misericordia y danos tu salvación

Este salmo comienza, en el versículo nueve, con la expresión: “voy a escuchar lo que dice el Señor”, seguido de los anuncios de paz, salvación, gloria, misericordia, fidelidad y justicia, entre otras bendiciones. Oración por la paz y la justicia, suele ser el título dado a este salmo, pues se hace memoria del cántico de esperanza, entonado por quienes retornaban del exilio.

2 Pedro 3,8-14

Esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva

Que fácil es perder la esperanza ante el desencanto de las promesas que se han hecho pero que no se ven cumplidas. Entre algunas comunidades de creyentes cristianos radicados en el Asia menor, empezó a circular la idea de la pronta manifestación del Señor, vista desde una perspectiva apocalíptica. Ante la espera inminente de la llegada del Señor y el no cumplimiento de las promesas, los creyentes pasan de la emotividad de la fe, movida muchas veces por el miedo, a la tibieza de la esperanza. Ante tal panorama, la carta del apóstol Pedro señala algunas claves para comprender lo referente a la predicación en torno a la venida en gloria del Señor, pero, sobre



todo, a motivar la espera dichosa del acontecimiento a través de la constante preparación de la vida. Aclara el apóstol que el Señor se manifestará a su debido tiempo, pues para él un día es como mil años y mil años como un día, por lo que mientras va aconteciendo la manifestación de Dios, se debe ir preparando el corazón a través de la lectura de los signos de los tiempos, señales que reflejan el acontecer de Dios y manifiestan su cercanía.

Se debe procurar un constante crecer en la virtud de la paciencia y en la conversión personal y comunitaria, pues el momento llegará como un ladrón; por lo que se debe estar siempre en constante preparación, pues allí verán el cielo nuevo y la tierra nueva aquellos que han vivido una vida intachable e irreprochable. Ante este panorama, vale la pena formular preguntas: ¿qué signos de los tiempos leo en el acontecer de mi existencia? ¿comprendo que uno es el tiempo de Dios y otro mi acontecer?

Marcos 1, 1-8

Allanad los senderos del Señor

El adviento da paso a un nuevo Año Litúrgico y a la proclamación de un nuevo texto evangélico, San Marcos, que el domingo anterior invitaba a estar en constante vigilancia, a estar atentos. Es importante reconocer estos antecedentes, para comprender la estructura del texto que hoy se proclama.

El pasaje está estructurado en tres partes: una introducción, una profecía, un personaje y su misión. La introducción parte del versículo: “comienzo del evangelio de Jesucristo Hijo de Dios”. En él se invita a dar respuesta a la pregunta sobre la identidad de Jesús, formulada implícitamente en la primera parte del libro, comprendida entre los capítulos 1 al 8. Esta introducción es la rúbrica que usa el escritor para ubicar al lector al comienzo del hilo, que, como una madeja de lana, se irá desenrollando paulatinamente a medida que se lea el texto.

Luego de la introducción, y siguiendo la pedagogía de los domingos del tiempo del adviento, aparece hoy la invitación a prepararse, por lo que en la segunda parte de este evangelio se señala la profecía de Isaías de la primera lectura, donde se evoca la experiencia del exilio en Babilonia junto a la invitación al consuelo. Ante esta realidad se suscita una voz que invita, de parte de Dios, a estar preparados, viviendo la esperanza, asumiendo la conversión y procurando la paz.



Si se lee a prisa el pasaje del profeta Isaías y el texto del Evangelio, parecieran describir la misma realidad, pero los detalles dicen lo contrario. En el texto de la profecía de Isaías se lee: “una voz grita: en el desierto preparen el camino al Señor, allanen la estepa...”, en el texto del evangelio se proclama: “voz del que grita en el desierto, preparen el camino del Señor...”. Es claro cómo el texto del profeta deja ver la necesidad de gritar en el desierto, identificado con la realidad donde está el pueblo, el exilio, la necesidad de preparar el camino de regreso, por lo que se deben asumir cambios profundos que lleven a enderezar las sendas. Es allí donde se escucha la voz del que grita e invita a retornar a la tierra, al Templo, a vivir de nuevo la tradición, por lo que es necesario asumir la esperanza y el consuelo que vienen de Dios.

A diferencia de la profecía, en el texto del evangelio es necesario hacer el ejercicio contrario, ir al desierto para escuchar la voz del que grita en él, de quien invita a preparar el camino, identificado aquí como Juan, cuya misión es predicar y bautizar para el perdón de los pecados. La predicación del bautista es atractiva, pues la gente que acude a él quizá evoca en su voz la profecía de Isaías, por lo que ahora están allí, en el desierto físico, frente a un maestro de la palabra, a quien, además, lo ven acompañar su enseñanza con el signo del agua, el bautismo.

La vestimenta de Juan y su modo de vida son propios de quien vive en el desierto desposeído, solitario, necesitado, pero quien se sustenta en lo simple, invitando a otros a abrazar un nuevo modo de ser y de vivir. Su sola presencia es un llamado al desprendimiento de todo aquello que pudiera separar la mística de la fe. Él es la figura de quien, teniéndolo todo, se desprende para abrazar lo pequeño, lo sencillo, de quien predica en el desierto que es necesario hacer desierto y vivirlo como experiencia espiritual para crecer en la oración, confrontando el modo de vivir y procurando el encuentro con Dios a través de signos de una sincera conversión.

Una cuestión que no pasa desapercibida es el salto abrupto de Jesucristo a Juan el bautista que hace la introducción. La respuesta se descubre en el mismo pasaje, es necesario presentar al precursor, aquel que prepara el camino y cuya voz invita a enderezar las sendas y allanar los montes, acompañando a quien, donando la vida, salva, aquel cuyo bautismo no es con agua, sino con el Espíritu Santo.

En conclusión, el ejercicio de preparar el camino implica una atenta escucha de la voz que hoy sigue clamando e invitando al creyente a salir de los desiertos en los que se vive la desesperanza y el poco compromiso de la fe para abrazar el desierto en el que se produce el encuentro con Dios en la oración y la contemplación, a través de la gracia del Espíritu.



II. Pistas homiléticas

- Recaltar la importancia y el recorrido del adviento como tiempo de preparación y conversión.
- Hacer hincapié en la expresión *prepararse*, como ejercicio espiritual que lleve a disponer el corazón para la atenta escucha de la voz del que clama hoy en los desiertos de la vida y de quien motiva a esperar para ser consolados y a crecer para ser contemplativos.
- Invitar a superar ciertas desesperanzas y desconsuelos, consecuencia de la realidad que vive la sociedad de hoy en donde se ha venido minando la fe y la fortaleza humana, procurando fragilidad en el ser de las personas.
- Señalar algunas claves para entender que hoy también se necesita ser parte de esa voz que clama en el desierto, cuyo mensaje trae la paz y conduce al encuentro con el Señor, a quien se le prepara el corazón saliendo a su encuentro en el hermano.
- Nuestra oración en este segundo domingo de adviento puede seguir, con toda sencillez y alegría, la descripción que se hace en la Palabra de la misión de Juan Bautista, y que vale también hoy para nosotros: “Señor, que podamos allanar tus senderos, que proclamemos con valentía en este tiempo que tú nos traes el consuelo, que descubramos y sirvamos hoy, con plena dedicación y compromiso, a tu proyecto salvífico, acogiendo a Cristo en nuestro interior, abriendo así paso a la reconciliación y a la paz, a la justicia y a la verdad que él nos trae”.



III. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

El Señor vendrá con gloria y majestad a salvar a su pueblo y nosotros nos congregamos hoy para celebrar su misericordia en este segundo domingo de Adviento. Dispongamos nuestros oídos para escuchar y nuestro corazón para celebrar con fe el misterio del amor de Dios que se nos regala. Participemos con fe y alegría en esta celebración eucarística.

Monición a las lecturas

La alegría más grande para Israel en el destierro es saber que Dios mismo está preparando el regreso, que Él mismo allana el camino y es quien dirige su Palabra a su pueblo a través de los profetas. Juan, el bautista, la «voz en el desierto» que preparaba el camino del Señor, predica la conversión y, con humildad y sencillez, bautizó con agua y preparó el sendero para que Jesús bautizara en el Espíritu Santo. Escuchemos con atención esta Palabra.



Oración de fieles

Presidente

Con la fe puesta en el Señor que viene, presentemos nuestras oraciones suplicantes a Dios, nuestro Padre.

R. Muéstranos, Señor, tu misericordia

1. Por el Papa, los obispos y todos los ministros de la Iglesia, para que no callen su voz y hagan siempre la llamada apremiante a la conversión. Oremos.
2. Por el pueblo de Dios, para que, fortalecido por el Espíritu Santo, mantenga vivo el deseo sincero de conversión y allane los senderos y así lleguen con Cristo la justicia, la reconciliación y la paz. Oremos.
3. Por los que gobiernan las naciones de la tierra, especialmente nuestras autoridades colombianas, para que conscientes de las necesidades de su pueblo, sean justos y propicien una calidad de vida digna a todos por igual. Oremos.
4. Por los enfermos, para que el anuncio gozoso del Evangelio ilumine y dé sentido salvífico a su sufrimiento unido a la cruz de Cristo. Oremos.
5. Por todos nosotros aquí reunidos, para que, como fruto de esta celebración, salgamos con mayores deseos de conversión personal y aumente en cada uno el deseo de dar a conocer a los demás al Señor Jesús, anunciando al mundo su cercanía salvadora. Oremos.

Presidente

Acoge, Padre misericordioso, las súplicas que tu pueblo te presenta con fe y esperanza en este alegre tiempo de espera. Por Jesucristo nuestro Señor.



IV. Sugerencias litúrgicas

Monición al encender el segundo cirio de la corona de adviento (Inmediatamente después del saludo inicial o cuando se considere oportuno)

Al iniciar la celebración del segundo domingo de adviento encendemos el segundo cirio de esta corona que señala nuestra gradual preparación a la llegada del Señor.

Le pedimos a Cristo que nos ayude a preparar el camino para su llegada, camino que debe ser una apertura del corazón a Dios y a los hermanos, aceptando la invitación que hoy se nos hace: *"Convertíos porque está cerca el reino de Dios"*.

Oración para encender la segunda luz de la corona

Señor Jesucristo, encendemos este segundo cirio de la Corona de Adviento para significar la misión de Juan Bautista. Confesamos que hoy el mundo y nuestra Iglesia necesitan de profetas precursores que preparen el camino hacia ti; te pedimos que la gracia del Adviento nos haga conscientes de la necesidad de una honda experiencia de desierto, de la profundización en tu Palabra, para ser la voz que anuncia tu salvación a todos los hombres; que la espera de tu venida avive en todos los bautizados nuestra condición de profetas.

Concédenos la gracia de una experiencia profunda de discipulado para que la misión de tu Iglesia sea fecunda. ¡Ven, Señor Jesús!

